

4 PSICOANÁLISIS Y CULTURA

Este espacio estará destinado a presentar textos sobre el psicoanálisis aplicado a diferentes disciplinas.

En este número:

Algunas Reflexiones sobre el film “Las Invasiones Bárbaras” **por Roberto Fernández.**

En este trabajo el autor plantea sus reflexiones sobre la sociedad actual basándose en la obra del director Denys Arcand.

Y, además, abrimos un nuevo apartado en esta sección:

Entre amigos: reflexiones, reseñas y comentarios

Donde, en esta ocasión, presentamos la **reseña** del Taller Teórico-Clínico dictado por el Dr. Eduardo Paolini en la Sede de la Asociación el pasado 13 de noviembre con el tema: **“Psicoterapia de grupo en adolescentes con trastornos de la conducta alimentaria: evaluación y observación, psicoterapia en hospitalización y grupos de post alta ambulatoria”**.

Realizada por **Carmen García y Mónica Vadillo.**

4.1 ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL FILM “LAS INVASIONES BARBARAS”*. ROBERTO FERNÁNDEZ**

El film canadiense “Las invasiones bárbaras” fue producido en el año 2003, concebido con el deseo de continuar la exitosa presentación de “La decadencia del imperio americano”, (traducida también como “El declive del imperio americano”, en 1986. La idea de su guionista y director Denys Arcand, fue la de visitar a los mismos protagonistas, diecisiete años después, como un modo de representar, por sus avatares personales, el recorrido de la caída anunciada, en el contexto de nuestra cultura.

Los protagonistas, representantes prototípicos antropológicos del mundo occidental, basado en el modelo americano impuesto al finalizar

la segunda guerra mundial, resultan portadores de un proyecto de libertad generado en torno a la década de los sesenta, como secuela de la “guerra fría”. Dos mundos enfrentados especularmente al amparo de ideologías socioeconómicas divididos por un muro situado en Berlín. Forman parte de una clase media en ascenso social, entre cuyas características se procesa un desarrollo intelectual cuestionador del orden vigente. Aspiraciones a un mundo más equitativo, en cuanto a la distribución de las desigualdades existentes, apoyan y promueven proyectos de libertad para las costumbres, la política, la sexualidad, las expresiones colectivas públicas y el desarrollo cultural y laboral, con un modelo de bienestar social. Expresan su

protesta ante la presión del imperialismo norteamericano, en el marco de la guerra de Vietnam. Admiran modelos socialistas y aspiran a la recuperación de un lugar europeo de mayor protagonismo en el escenario mundial.

El grupo de profesores universitarios canadienses del primer film, se halla ya retirado de la función docente, esparcidos por diferentes peripecias de sus vidas. La acción toma a Rémy, profesor de Historia retirado, divorciado, oscilando entre los cincuenta y cinco y sesenta años, en el momento de ser hospitalizado para que se le efectúe un diagnóstico urgente. Su ex esposa, Louise, decide llamar a Sébastien, el hijo mayor de ambos, que vive en Londres, con su esposa, Gaëlle. Sébastien, ejecutivo en una multinacional de inversiones financieras, sostiene un conflicto con su padre, con quien tiene poco que hablarse.

Se percibe criticado por él, debido a su trabajo y modo de vida, como habiéndolo decepcionado. Tras conversarlo con Gaëlle, empleada de una casa de remates, decide acudir, acompañado por ella. Es la angustia de su madre en su llamado la que lo conmueve y convoca para hacer lo posible por su padre. Esta secuencia marca el inicio de una travesía, la del hijo que retorna hacia el padre, de quien se hallaba distanciado, en confrontación generacional, convocado por su madre para desanudar el conflicto que los separa y la familia padece, cada uno en su singularidad, ante la inminencia de la muerte. Ese regreso a la encrucijada dolorosa, que también “divorciara” sus afectos, en un intento de reparación, marca el encuadre de un poderoso y riquísimo trabajo de duelo. Trabajo que no sólo habrá de realizar la familia en cada uno, sino también los amigos que, como generación, acompañaran los momentos de juventud, los presentes en la anterior saga, la

de los jóvenes profesores que asumían sus vidas plétóricos de desafíos, envueltos en utopías que habrían de cambiar el mundo, reivindicando el placer y la libertad. Ese primer film, que permitió utilizar el modelo metafórico de la decadencia del imperio Romano de Occidente como episodio histórico de la humanidad, describe los comienzos de la disolución. Aquí, ya estamos asistiendo a la disolución en sus efectos. Invadidos por la presencia de las “tribus bárbaras”, metáfora de los “nuevos dueños del mundo occidental”. Los nuevos ordenamientos sociales semejan en su vertiginoso avance, el nuevo “poder”, la presencia de “hordas bárbaras” que todo lo afectan con su acción.

Dénys Arcand, es un cineasta que utiliza el lenguaje cinematográfico para expresar sus inquietudes filosóficas y sociales. Pensador reflexivo sobre su tiempo, apasionado por la historia y por los seres de distintos órdenes sociales como protagonistas expresivos de los cambios y los lenguajes de diferentes épocas. En este film, los “bárbaros”, organizados tribalmente, invaden los tejidos sociales y muestran sus efectos en las instituciones, en los discursos, en las creencias, en los valores, veloz y violentamente sustituidos por nuevas concepciones de vida, de la historia, de las religiones, de modelos económicos y sociales que transforman las culturas. Algo es “arrasado”, como lo es el cuerpo y la vida en la persona de Rémy, por la presencia de un cáncer que lo devora, que lo conmina a despedirse de un mundo que vivió muy intensamente. Con él, todos los que lo acompañaron se implican en un trabajo de duelo colectivo. La acción del film ilustra con hallazgos notables en la escenificación, en el planteo de los diálogos y en los lugares que ocupan los protagonistas, dando cuentas de sus cambios. Un fuerte clima dramático conduce a la aceptación de finales trágicos, al enfrentamiento con la muerte como amo supremo, donde el esfuerzo de rescate de

valores se convierte en mensaje de vida y en aliento de esperanzas para un mundo futuro posible y aún desconocido.

Han pasado 17 años desde el momento de apogeo de todos ellos. Rémy, el lúcido intelectual enfermo, Louise, su mujer, Dominique, la amiga solitaria, Diane, con sus amantes de todo tipo, Pierre, el sensible amigo “juvenil”, con su mujer e hijos, Claude, con Alessandro, su pareja homosexual. Se convierten también en un grupo reconocible en nuestra vida, se nos tornan familiares, pueden ser también nuestros amigos, nuestros compañeros de trabajo, nuestros interlocutores. Ellos también enfrentan el diagnóstico feroz del cáncer, que se apodera de Rémy, tal vez el más locuaz, el más vital y desafiante de ese grupo de supervivientes del naufragio de la contracultura que representaron en su momento, esa lucha contra los valores de una sociedad orientada al culto del consumismo, del poder y del dinero como valor supremo. En este film asistimos a la confirmación de aquellos síntomas agoreros de 1986, como expresión de un diagnóstico terminal, una lucha desigual con un desenlace fatal. Una agonía vitalmente asumida. Rémy y sus antiguos amigos habían abandonado sus ardores juveniles hallando refugio en los pliegues posibles de una sociedad aún de bienestar, donde el Estado provee de cierta asistencia a la vejez y al excluido, envueltos en una vida insatisfecha.

Arcand señala en cada uno de ellos el efecto decepcionante del desmoronamiento de ideologías y creencias que antecedían a la proclama de la posmodernidad. Esos que ahora, desde el discurso oficial, resultan dados de baja. Esa juventud sesentista que había apoyado sus ideales en el poder del amor, del sexo libre, de la exploración de los sentidos, de los excesos y del placer del conocimiento. Cuando Arcand construyó su

“Caída del imperio americano”, la informática aún no había desarrollado su irrefrenable despliegue, Rusia aún era la URSS y todavía Berlín estaba dividida por el muro humillante de posguerra. La noción de “globalización económica” (y también cultural) aún no se había acuñado, y no resultaba imaginable que un grupo terrorista pudiera derribar un monumento como el de las Torres Gemelas en Manhattan, Nueva York, centro de ese “imperio del capitalismo norteamericano”. Arcand nos estaba anunciando la magnitud de los derrumbes y sus expresiones, como “síntomas”. Los sentimientos de los protagonistas y sus reacciones, desde la rabia y la impotencia, hasta el rescate de lo mejor de cada uno en una agri dulce despedida van matizando el film. Los personajes nos llevan con ellos, haciéndonos percibir como rumor de fondo, los signos de una sociedad que va pasando de la decadencia a la corrupción, hasta la putrefacción. Víctima de una suerte de cáncer social que la corroe. Se van los que soñaron con un mundo idealizado donde la justicia y la solidaridad fueran predominantes. El grupo de amigos se reúne para despedir al amigo y también despedirse cada uno entre sí. Las esperanzas se transforman en búsqueda de refundación de algo nuevo.

Arcand es un pensador, un artista, un compañero más, itinerante de nuestro tiempo, que pretende un alivio para el dolor, y junto con ese alivio, la posibilidad de una despedida digna, de una cierta alegría por lo vivido, por la fuerza vivenciada del valor de la amistad y del amor.

El llamado de Louise, expresa un “llamado” a nosotros mismos, como “hijos” y “padres”, atrae a la escena del final de la vida de un padre, un sistema, como lo hiciera en los principios de su vida, con el hijo, introduciéndolo a la cultura. El nuestro es el lugar de Sebastián, el lugar de hacer lo

necesario para resignificar el orgullo por lo construido y el de lograr alivio para el dolor actual, facilitando la mejor despedida posible a nuestros proyectos.

Irónicamente, Rémy había sido profesor de historia y amaba la profesión. Sébastien, gracias a su trabajo y posición económica, representante del perfil del mundo actual, puede gestionar lo necesario. Metáfora de un fin de un modo de trabajo y un apogeo de otro, predominante. Rémy requiere aún precisiones diagnósticas no fácilmente alcanzables, defiende sus valores, ingresado en un hospital público, amparado en la seguridad social, que exhibe sus carencias. La cámara pasea por pasillos abarrotados de pacientes, dando a ver la insuficiencia de la atención pública y el abandono de la condición humana en los enfermos. La incomunicación de Sébastien con su padre encierra el enfrentamiento ideológico, la resistencia del padre al camino elegido por el hijo, hijo idealizado que, en sus elecciones parecía expresar “el rechazo a lo que recibiera de su padre” y también el rechazo a los proyectos fallidos emprendidos, el de esa ilusoria felicidad obtenible por la fiebre “divorcista”.

El lugar de Louise, la madre de Sébastien, aparece crucial. Sébastien discute con su padre, que rechaza su ayuda y defiende sus valores pretendiendo ser atendido en las condiciones de aquello que él siempre defendió, el valor de lo público. Sintiendo ofendido y rechazado, descalificado en su capacidad de asistencia por la soberbia de su padre, Sébastien decide retornar a Londres sin intervenir. Louise, su madre, encarna su fundamental posición de mediación y vuelve a “hablar del padre”, le aporta recuerdos de momentos como hijo, que no podía tener, le habla del padre que lo acunó, del padre que no dormía por cuidar de él, de quien le había cambiado sus pañales, de quien lo había

tenido en brazos, llevado al colegio, auxiliado en su formación, simplemente le habla de las tareas que suponen “ser padre”, habiéndole preguntado si ellos, él y su mujer, Gaëlle, habían pensado en tener hijos. Una breve y profunda reflexión acerca de la vida y del trabajo que supone la responsabilidad de tener hijos.

Ese episodio permite que, junto con su madre, indague qué recursos serían los mejores para facilitarle una muerte digna. Es ella quien, como “compañera de vida” de su padre, le brinda la posibilidad, dándole la idea de que sería una enorme alegría volver a ver a sus amigos de la época de la docencia. Sébastien no sólo consigue tener acceso a los mejores métodos diagnósticos, llevándolo a los EE.UU., para disgusto ideológico de su padre, que observa con ironía, desde su posición de izquierda política, sino que también localiza trabajosamente a todos los amigos que están desperdigados por el mundo. Facilita sus viajes contando con sus acuerdos. Todos aceptan “la convocatoria”, para despedir al amigo inolvidable, aquél que fuera centro de la dinámica grupal y generador de lazos profundos entre ellos. La hija de Diane, una de las amigas profesoras compañeras y ex amante (otra “hija”) heroinómana, habrá de proveer los contactos necesarios para contar con la droga que aliviará los dolores terminales de su Rémy cuando todo vaya llegando a su fin. Ella también es “comprada” por el dinero, pero en su aproximación a la intimidad con la vida de Rémy irá encontrando un sentido a su propia existencia. Un “padre” de referencia para ella. Ya no habrá necesidad de “compra”. Habrá intercambio amoroso.

La crítica mirada de Arcand nos presenta esos diversos “momentos de compra”, donde nos habla del amor ausente. El reconocimiento de los ex alumnos del profesor, la recuperación del ordenador robado, por gente del sindicato

del Hospital, la gestión por un lugar mejor con la gerencia del Hospital, etc. En ellos siempre está la posibilidad de que alguien se resista a ser comprado. Al igual que Nathalie, también habrá una alumna que homenajea a su profesor enfermo en gesto de piedad. Los sentimientos, como ligamen humano, hallan espacio ante la indiferencia reinante, ante la materialidad del dinero como artífice del hacer. Ante la “ausencia de reconocimiento” de los “hijos” a los “padres”, de los jóvenes a los adultos, y recíprocamente. Siempre alguien va encarnando la esperanza en los diferentes momentos del film. El sistema inmunitario afectado debilitándose gradualmente, se defiende, genera anticuerpos y hace las veces de exhibición de una sociedad que ha engendrado sus propios bárbaros que habrán de destruirla. La sociedad resulta metaforizada por la enfermedad y su locura invasora.

Rémy es alguien en una búsqueda torturante de sentido para la vida. En sus diálogos con lo asisten, quienquiera fuese, habla desde su lugar. La juventud que soñara con construir un mundo mejor, una educación mejor, una medicina mejor, una asistencia solidaria, libra con Rémy sus últimas batallas. La hija de Diane, a quien conociera de pequeña, drogadicta, proveedora de la heroína aliviante, lo mismo que la alumna que rechaza ser pagada por su asistencia, lo mismo que la enfermera con quien dialoga y la monja con quien sostiene sus polémicas sobre la inexistencia de una justicia divina, representan los esfuerzos de los sujetos herederos del amor prodigado en su vida. La amargura por la decepción de los ideales abrazados en su juventud, ideales que sostuvieron generaciones, es mostrada en su crudeza en los diálogos de Rémy. Una denuncia agria contra los valores economicistas y totalitarios sistemas de poder como agentes destructores de valores amorosos y solidarios. La decepción ante la sangre derramada y los

hijos perdidos por las luchas ideológicas, ante la hipocresía de los grandes movimientos idealizados, como las doctrinas políticas y religiosas, ante la pérdida de sentidos para el vivir y el fracaso en dotar a la vida de valor deseable. El hombre carcomido por el ansia de poder es el cáncer que todo parece corroer. El dolor y la muerte no han logrado salir de la escena, sino que encuentran nuevas legitimaciones.

La historia representada por Rémy se ha quedado sin audiencia y sin respeto, como lo ilustra su despedida como profesor y su sustitución por una profesora que aporta una presencia joven y pragmática. La educación también se ha carcomido en sus fines y funciones formativas. Sin lugar para el afecto y los respetos. Rémy apuntalaba fuertemente su autoestima en su tarea como transmisor a través de la docencia, en la seducción y atracción del otro por medio del saber y del amar, por el calor de la amistad, valores que hace trascender a los de la familia y la fidelidad monogámica tradicionales. Sus hijos son depositarios de ideales de conocimiento, de aventura y libertad. Su hija Sylvanie, está viajando, en barco, formando parte de una expedición de investigación y estudios. Sébastien conocedor de tecnologías actuales y teorías económicas, pero apoyado también en ideales prácticos y amorosos, predominantemente identificado con su madre. El representa para Rémy el fracaso de la transmisión de sus ideales socialistas, pero encuentra la comprensión y el altruismo que también estaba en la mujer con la que lo engendró. También la mujer de su vida, a pesar del divorcio, las infidelidades y la fragmentación inevitable de la vida familiar.

Envejecer, otra herida que se abre. Rémy rechaza, apoyado en su manía desmentidora y su arrogancia de omnipotencia, los peligros que lo acechan. Acude a la apología erótica

del sexo y la acidez crítica de su humor para mitigar su dolor. Esto se repite en los encuentros con sus amigos. Recuerdos de evocación embriagadora, mitigante de angustias y dolores, festivales de erotismo y despliegues de momentos plenos de sensualidades diversas. Cada uno de los convocados habrá de hallar alivio ante la “dolorosa decadencia común”. En sus conversaciones, llaman a esos recuerdos como momentos dichosos para cada uno de ellos. Evocaciones de vida que traían a Rémy el acompañamiento vital necesario para llegar al momento de su despedida. Su hijo había logrado reunir el aporte libidinal suficiente.

Sebastien, brinda a la vez, la oportunidad de reunión de su madre con su padre, con aquellos que fundaron sus orígenes infantiles como “pareja de amor” que, en él, no había hallado una continuidad imaginaria. Con ello estaba a su vez reparando la imagen de un padre a la que había rechazado por imaginarse no tener lugar en él. Reunidos sus amigos queridos, junto a sus padres, integraba imágenes de infancia, representantes de una época valiosa en cuanto a realizaciones de repercusión narcisística para todos.

En esa gestión traba relación con Natalie, la hija de Diane. Nathalie puede acercarle la droga necesaria en virtud de ser ella misma una víctima de la adicción heroínómana. Una joven semejante en su edad y circunstancias infantiles a las suyas, con quien en algún momento de su infancia pudo haber compartido juegos por la amistad de sus padres. Nathalie también es “víctima” de los desvaríos de su madre, de la separación de sus padres, de la adicción al sexo de su madre. Se acerca a Sebastián buscando en él esa diferencia de destino que percibe. Hay una identificación buscada y un ideal

registrado en Sebastián, como alguien que ella misma hubiera deseado llegar a ser. En Sebastián y su mujer, encuentra un modelo al que siente inaccesible para ella. Mediante su relación con Rémy, auxiliándolo ocurre una rehabilitación recíproca, en cuanto a función paternal y filial. Ella se constituye en el doble amoroso de Sebastián. Ese encuentro es fundamental para ambos.

Sebastián “compra” todo lo necesario. Ello inhibe sus expresiones afectivas. Natalie “quiebra” su resistencia amorosa, yendo hacia él en busca de un reconocimiento infructuoso hasta ese momento. El cáncer hace lugar a que se procesen afectos que no habían logrado curso por otros medios. El “cáncer” de Rémy, se transformaba en un poderoso “llamado a la reunión” de todo aquello que estaba “divorciado”, “escindido” y, por lo tanto, desintegrado, en las construcciones familiares y metas alcanzadas. Pese a la “corrupción” del poder del dinero, el servicio al cual se dispone, transforma sus efectos.

Entre los susceptibles de ser comprados, “corrompidos” por el poder que representa, siempre se halla alguien que resiste, que logra hacerle un lugar al amor como medio de pago, como medio de saldar también y fundamentalmente, una deuda amorosa, un modo de recibir una gratuidad. Allí también funciona el mensaje “esperanzador” del film.

Tanto en Sylvanie, la hija de Rémy, como en Nathalie, la joven drogadicta hija de Diane, como en la alumna del curso de Rémy que rechaza el pago por su visita en el hospital, como en la hermana Constance, la monja que procurara la reconciliación de Rémy con su hijo, hablando con él durante su internación, como en Suzanne, la enfermera que lo atiende hasta su final, se encuentran formas del amor, a través de la figura de “mujer”.

“Una mujer” que neutraliza los efectos de los daños y alivia el dolor de la enfermedad y la existencia. La “mujer” que se halla acentuada en la figura de Louise, la esposa de Rémy y madre de Sebastián y Gælle.

Un proceso amargo tiñe el devenir del desencanto, de la decepción ante la pérdida de los valores idealizados soñados. Reconociendo su frustración, una denuncia contra valores económicos que hacen las veces de “bárbaros invasores”. Invasores que destruyen procesos de cultura trabajosamente contruidos. Transportados por los sueños de una generación que aguardaba un mundo mejor al recibido, que había apostado su vida en lograrlo, y que también se apenaba por los errores cometidos. Errores de “ciegas” cruzadas que no conducían a la felicidad buscada. La decepción trabaja las almas de todos estos personajes que llegan así a despertar las identificaciones posibles entre ellos, trazando un campo común como representantes de una época. La hipocresía humana, la supuesta e idealizada liberación de la sexualidad, la idealizada capacidad de las ideologías libertarias, cuya totalitariedad les impidió cambiar el mundo, como pretendían, la idealización hippie del amor sustituyendo a la guerra, la búsqueda de la felicidad a través de la ruptura de las familias y la inevitable desprotección y deriva desorientada de los hijos, y muchas facetas que ilustran nuestro tiempo, se muestran a través de la metáfora de la enfermedad. Un cáncer que corroe los cimientos de una cultura para derruirla, mediante una invasión descontrolada. Ideas, formas de relación, costumbres, valores, lazos de amistad y de amor, instituciones y formas de institucionalización parecen ser vaciadas de sentido. El conocimiento de la historia aparece como un recurso clave hacia la búsqueda de la reparación posible. El dolor y la muerte que las guerras han traído durante siglos, la

condición humana en su conjunto es puesta en tela de juicio. Cambiar los mundos, ya sea materialmente o ya sea por medio de los alucinógenos. Una lista de placeres y excesos se dan cita en la muestra de estos personajes “contra sí mismos”. Cada uno ha de procesar la dolorosa decadencia y el pasaje de los testimonios posibles.

Los padres que creyeron en utopías colectivas, también habían atacado valores de su propio pasado, pero ahora se encontraban con el fracaso de sus intentos, espejados en sus hijos. ¿Qué hemos hecho mal? ¿Qué nos están diciendo nuestros hijos con sus vidas? La ironía y la burla sobre sí mismos y sus creencias, como canalización de su decepción, encuentra en el grupo de Rémy, un modo de ir elaborando el duelo compartido. Toman escena nuevos sentimientos, desde las evocaciones nostálgicas, hasta la recuperación de esperanzas proyectadas y reconciliaciones con sus productos, pagando simbólicamente las deudas contraídas.

En el film van examinándose valores tales como la fraternidad, la solidaridad, la familiaridad, los lugares de padres e hijos en la transmisión, las vicisitudes del amor y la sexualidad, la responsabilidad, la imaginación y los sueños, la función de los proyectos en la vida, las herencias como expresión de continuidades, las identificaciones instituyentes, el lugar social y la función de la cultura, la historización como medio de enlace y expresión necesaria del trabajo anímico en la inscripción subjetiva de cada uno en su pasaje por la vida. Un conjunto pleno de hallazgos por parte del director y autor. La profundidad del mensaje freudiano en la enunciación psicoanalítica se hace visible en las imágenes: “...lo que se ha heredado, debe hacerse propio”, como producto del duelar que trabaja desechando e incorporando. Fragmentos y valores pueden ser rescatados

de los restos y hallar transformaciones posibles. Un modo de alcanzar la muerte “digna”, un último cambio sin tanto dolor que imposibilite el trabajo de elaboración, un crepúsculo que permita honrar el día transcurrido antes de arribar a la oscuridad de la noche. El proyecto de “Occidente” vive a su vez su propio fin.

Rémy y su gente muestran su duelo: examinan su recorrido. Historizan su historia. Construyen unas líneas de sentido para su estar juntos en la vida y también para sus propias despedidas y destinos diversos a los soñados. Hay que hallar lugar para lo que no fue posible y también para lo que sí lo fue. Examinar a la vez, como protagonistas de un mundo, lo que el siglo veinte heredó del diez y nueve, pudo trabajar, pudo no realizar, y lo que nos lega en el veintiuno para que nuevas formas sean posibles, formas a las que no habremos de ver, pero que también están en potencia en nuestro legado, a cargo de nuestras descendencias. La muerte “digna” es un pedido de clemencia al vivir, al combate contra la radicalidad ciega que aniquila sin legar.

La muerte representa un final, amo máximo de nuestra vida. Algo habrá de suceder a lo que se va. La hybris griega recobra su valor de significación en la metáfora del cáncer: el cáncer de la condición humana se expresa en el procurarse su propia destrucción en su intento desesperado y sin límites de propagarse, de extender su poder irrestricto, embriagado de su propia producción. El Imperio ha producido sus propios bárbaros, y está padeciendo su invasión. Generar su propio exceso ha sido el camino que ha tomado el diseño de su fin.

Algunas escenas a destacar:

El remate de los íconos y las obras clásicas religiosas, junto con el diálogo entre el sacerdote y Gaëlle, la mujer de Sebastién, como agente de la casa de remates. Los diálogos entre Rémy y la monja Constance en el hospital, lo mismo que con la enfermera Suzanne. Los diálogos con su nuera Gaëlle, en que ella habla de su infancia y sufrimiento con la separación de sus padres y la dolorosa despedida de su padre al irse de la casa familiar. Los diálogos con los sindicalistas en el hospital, con la directora del Hospital. La imagen del empleado azorado mirando por televisión las imágenes del atentado de las torres gemelas. Los diálogos alrededor del fuego. El diálogo entre Sebastién y Nathalie, al arrojar el teléfono móvil al fuego.

El papel simbólico del fuego, en su convocatoria a la intimidad del “estar juntos”, su carácter vital y a la vez su capacidad destructora, su función ambivalente, protegiendo con su calor y a la vez desnudando la fragilidad humana, su condición de desvalimiento ante la naturaleza, la enfermedad y su mismo poder. Su carácter “purificador”. La piedad, el consuelo, la relación amorosa, aludiendo a lo perdurable, más allá de los sujetos, dialogando con la transitoriedad del poder, del sexo y de la vida de cada uno. La corrupción está en el sistema mismo del vivir, como lo está en el seno del ser humano por su condición temporal. Lo mismo que posibilita el poder de vivir, de configurar un tipo de existencia, puede adquirir carácter corruptor, anunciante de un final.

La vejez puede convertirse también en un “bárbaro” invasor de la juventud o el refugio clemente de una vida plenamente vivida. Hay modos “excesivos” de vivir que apresuran su invasión por su desgaste. El invasor no siempre es bárbaro y violento. La dignidad para el vivir se resignifica en el morir.

Sobre la interpretación que propongo:

Mi lectura me hace interpretar un fuerte mensaje vital, en el guión y en la construcción de la película. Hay una concepción de lo humano que sostiene la película comentada en formas comunicativas que conmueven fibras emocionales y resultan capaces de llegar a todo espectador.

Configura un retrato de nosotros mismos que invita a ser visto. Permite pensarnos en la dimensión de la desmesura y sus efectos, en esa dimensión soberbia de las aspiraciones a recubrir la totalidad de las experiencias, al riesgo de la exaltación de las fantasías de omnipotencia que, desprendidas de un límite, apresuran nuestro fin. Ese retrato encuentra su encuadre en el generoso despliegue de los modos de duelar y la importancia de su trabajo para lo anímico.

APUNTES SOBRE LOS PERSONAJES.

Rémy es un hombre apasionado, exaltado por su deseo de saber y de explorar los placeres de la vida, tratando de introducir sentidos y razones que legitimen sus desbordes. Sus obsesiones con la sexualidad y la figura de la mujer, como poseedora de un encanto que lo atrae y lo gobierna, hablan de sus fijaciones infantiles a la figura materna. Seducido por las mujeres, se arriesga por ellas tanto como por sus ideas y convicciones ideológicas. Ama a “su mujer” y sus hijos, pero también necesita estar alimentando amantes, seduciendo para desmentir su condición de seducido. Gozando de ser admirado y resultar objeto de comentarios femeninos.

En su apasionamiento por vivir, se envuelve en un discurso idealizante que lo expone a la decepción, un montaje fácil de ilusiones, con

la caída consecuente. Los conocimientos operan como objetos de su insaciable sed, donde se espeja una necesidad intensa de reconocimiento. Se vislumbra, en su itinerante repetición, como reflejo en su hijo, el abandono padecido con la figura paterna de su infancia. Louise, su “eterna esposa”, configura un ideal materno construido sobre la clásica disociación de la madre en una figura idealizada “sacralizada”, excluida del erotismo intenso infantil, y una figura degradada, convertida en objeto de satisfacción. Rémy fracasa en su eterna seducción ante Nathalie. En sus diálogos con él, mientras le brindaba asistencia, lo enfrenta a su verdad. Ella le recuerda su posición infantil, como testigo de las visitas de amantes a su madre. Ello le permite poder identificarse con el lugar sufriente de los hijos en sus aventuras amorosas, sobre todo en sus visitas a Diane.

Nathalie, víctima y testigo, le dice, mirándolo a los ojos, que él es una buena persona y ha sido un buen padre, pero que tiene miedo a morir. Y por ese miedo, se aferra a una vida “que ya fue”, a sus recuerdos, a sus amigos y leyendas, porque él no ama su vida actual. El ya perdió lo que amaba.” Este encuentro con lo perdido en él, con la angustia oculta tras la protesta y el desprecio, permite a Rémy transmutar su lucha, en un intento de reconciliación con el amor de los suyos, desde el reconocimiento de su propia necesidad de amor, su condición humana menesterosa. Será permitiendo a su hijo que le retorne en cuidado y amor, eso que él puso también por él como algo suyo.

Louise, la esposa que lo acompaña, “la mujer de su vida”, heredera de su anhelo maternal, es quien también puede nombrarlo a él como “el hombre de su vida”, cumple el papel mediador esencial a una función materna, que hace lazo y brinda las condiciones para la conciliación. La infidelidad de Rémy, resulta

sorteada con sabiduría, en tanto ella comprende el aspecto infantil compulsivo, incluido en sus ansias de vivir. El conservaba el amor de su madre en el mundo secreto de su despacho y su tarea como profesor. Louise parece segura del valor que ella tenía para Rémy, y despierta el asombro en su nuera cuando le habla sobre la importancia trascendente de la familia y la amistad.

Sebastián queda marcado por el beso de Nathalie, cuando ella ocupa el gabinete de su padre para rehacer allí su vida y recibir la referencia de él. En ese beso encuentra en ella el modo del sentir y captar el deseo de su padre. Ella consigue “encenderlo”, cuando “quema” su móvil llamándolo al mundo de los afectos y las emociones. Una nueva perspectiva se produce para su vida junto a Gaëlle. Pierre, el vital profesor que derrama sus lágrimas acariciando al amigo en la despedida, habiéndose jugado por la amistad, se reencuentra con algo de sí mismo. Desoye así los caprichos de la joven mujer que, con su figura y los hijos que le había dado, le había permitido sentirse aún joven y alejar los fantasmas de la vejez y la muerte. Nathalie, quien volcaba, al igual que Sebastián, el odio hacia su madre (él hacia su padre) sobre sí misma, refutaba el valor de la vida y jugaba a morir con la droga en una suerte de “llamado a ser salvada”, encuentra su camino en el reconocimiento amoroso de un padre, aportado por Rémy.

Sylvanie, la hija viajera de Rémy, en su mensaje de despedida, a través de su imagen en el ordenador que facilita su hermano (también él, como su madre, oficiando de promotor de enlaces), le agradece a su padre que le transmitiera las ganas de vivir y el amor por la vida. Mientras se considera su heredera le hace saber de su amor infantil. Ama la libertad, como él. Toma de su padre lo que su hermano hizo de otro modo. Tal vez por

haber tenido que solidarizarse con su madre en el vacío que su padre dejara. Por haber tratado de evitar ser como su padre, que en sus aventuras se alejaba de ellos como familia y de él en particular. Para Sebastián, facilitar la muerte de su padre es un modo de confesarle su amor y reconocerse en el amor de su padre por él. Así lo expresa Rémy, al abrazar a Sebastián, cuando le desea que pueda encontrar en su hijo, un hijo como él ha sido para él. Rémy, identificado con figuras ideales, creadores grandiosos, deseaba escribir libros trascendentes, tal como se lo confiesa a Nathalie, hablándole de sus aspiraciones no realizadas.

Identificado con lograr un destino trascendente, parece desvalorizar su filiación paterna y mostrarse inmerso en una fantasía de autoengendración que excita su omnipotencia. Desestima el papel de su padre en la conformación y logros de su vida, queda fijado a su madre en sus fantasías infantiles incestuosas excesivas. Tras su frustración por la exclusión que vivencia, se genera en su cuerpo un “exceso” hecho tumor. Una “creación” fallida en relación a sus sueños. Como producto de fantasías infantiles, parece ocupar un lugar destacado el deseo de “darle algo a la mujer madre privada por un padre”. Hacer algo en él como réplica de sí mismo en ofrenda a esa “mujer insaciable”, que como imagen materna, aparece representada por la madre de Nathalie. Rémy buscó ser amado y terminó siendo “mamado”, absorbido por una madre, tal como resulta mencionado en una reunión entre amigos, en una evocación de episodios sexuales, por Diane, hablando de las “mamadas” que le hacían ella y otra profesora, además de las alumnas.

Hablan de “mamadas famosas” practicadas por Diane y Dominique a Rémy. Alardean de haberlo mamado “con fruición y esmero”, pero lamentan que a él no le alcanzara “como para

que le tocan el corazón”. Evocan la anécdota de un presidente de Francia que murió siendo “mamado” por una noble señora, una dama francesa que, a consecuencia de eso, fue considerada como “señora mamada” o “reina de las mamadas”. El murió de un paro cardíaco.

“El deseo infantil” por la madre, queda como símbolo de origen y destino en la imagen de la actriz María Orsini, que Rémy evocaba de los films mirados en la infancia. Alzaba el vestido y el solo poder observar sus muslos, causaba excitaciones desbordantes en el pequeño y luego joven Rémy. La imagen de Orsini, entrando en el mar, parece simbolizar al mismo tiempo la excitación y la muerte, al desaparecer tragada por el agua. De su carrera por poseer multitud de mujeres, le dice

a Nathalie que, “al final, tantas mujeres terminan pareciéndose a una una sola.”

La muerte, como hecho supremo, resulta también un personaje más. Toca a todos y produce una transformación. La decadencia y el crepúsculo, seguidos de la oscuridad de la noche, dejan paso a una alborada donde un día nuevo se anuncia. Ese final, expresado a su vez con los cambios observables en la naturaleza, mediante la presencia y ausencia del sol, símbolo de vida, y su luz, enmarcan el destino trágico desde el cual la vida parece tejerse como una comedia. Un avión levanta vuelo y una canción deja oír un canto a la amistad. El cielo es el horizonte.



* Agradecemos a la Asociación Madrileña de Psicoterapia Psicoanalítica (AMPP) la cesión de este texto publicado en el número 8 de Septiembre de 2010 de la Revista de Psicoterapia Psicoanalítica, que fue presentado en la sede de la Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes de Madrid con motivo de una exposición de Cine y Psicoanálisis en Diciembre de 2007.

** **Sobre el Autor:**

Roberto Fernández Pérez es Dr. en Psicología, Psicoanalista. Miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), de la International Psychoanalytical Association (IPA) y de la Asociación Madrileña de Psicoterapia Psicoanalítica (AMPP). Docente de la Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes de Madrid. Docente del Master en Psicoterapia Psicoanalítica en la Universidad Complutense de Madrid.

Publicaciones:

- “El Psicoanálisis y lo psicósomático”, Ed.Síntesis, Madrid, 2002
- “Conceptos freudianos” (en colaboración) Ed.Síntesis, Madrid, 2004.
- “La clínica al borde del siglo”, Ed.Letra Viva, Bs.As., 1999 (en colaboración)
- “Suicidios”, Ed.Letra Viva, Bs.As., 2000, (en colaboración)
- Publicaciones en revistas de distintos medios sobre la especialidad.